

IV

A las cinco de aquella tarde y abastecido en Urshot de todo cuanto necesitaba, el terrible jefe de la expedición marchaba con su impedimenta hacia Hicklebrow con la mayor tranquilidad, al menos en la apariencia. En Urshot había adquirido dos barriles de parafina y mucha leña, y de Londres había sacado muchos sacos de azufre, ocho escopetas con municiones en abundancia, tres fusiles para las avispas, un hacha, un pico, tres azadones, dos ovillos de cuerda, muchas botellas de cerveza, de Whisky y de agua de seltz, provisiones de boca y grandes paquetes de polvos venenosos para las ratas.

Todo esto había llegado en un furgón de mercancías excepto las armas y las municiones que llegaron por otra línea por disposición de Redwood, en unión de los cinco hombres que Cossar había designado, los cuales acudieron al llamamiento de éste desde Esling.

Constrastaba la satisfacción de Cossar al hacer sus compras con el pánico que reinaba en Urshot á causa de las ratas. Hallábanse cerradas las tiendas en este pueblo, y apenas si se veía un al-

ma por la calle. Aunque Cossar llamó á la puerta de varios establecimientos, no le abrieron sino alguna que otra ventana alta, por donde tuvo que verificar sus compras. El vehemente expedicionario consideró que el sistema de establecer relaciones comerciales por las ventanas altas de los establecimientos, estaba perfectamente justificado en circunstancias semejantes. Por último, entre él y Bensington consiguieron disponer los carros para embutir en ellos las nuevas provisiones, y emprendiendo la marcha por un atajo, no tardaron en llegar á Hicklebrow.

Bensington, más bien muerto que vivo á medida que avanzaban, iba sentado en un carro junto á Cossar, con la escopeta entre las piernas. Todos iban á cumplir con su deber, según dijo Cossar, lo cual era altamente meritorio, porque en Inglaterra se hace rara vez lo que se debe hacer.

Cossar guiaba un carro y miraba alternativamente los pies de Bensington y sus propias manos en que llevaba las riendas. Cossar no había dirigido nunca un carruaje, pero en aquella ocasión dió pruebas de su habilidad, ejerciendo á entera satisfacción un cometido enteramente nuevo para él. Bensington reflexionaba, y se decía á sí mismo:

—¿Por qué no hemos de hacer todos lo que debemos? Me maravillo al pensar que yo no hago muchas cosas que estoy convencido de que me convendría hacer, es más, que necesito hacer...

¿Les ocurre esto mismo á los demás, ó es una cualidad esencialmente mía?

Y volvió á sumirse en profundas reflexiones acerca de la voluntad y de su fuerza: pensó en las múltiples puerilidades de la vida ordinaria y las cosas verdaderamente importantes que dejamos de hacer, en esas cosas halagadoras ó espléndidas que nos prohíbe gozar á veces ó la preocupación ridícula ó una influencia poderosa tan extraña como inconcebible... Su prima Juana entrañaba para él un problema tan importante como difícil de resolver... Después de todo ¿por qué había de estar supeditado á ella en el comer, beber y dormir y hasta en el salir y entrar? ¿por qué se había de abstener de ir á una ú otra parte en consideración á su prima Juana? y sobre todo ¿por qué esta misma consideración le hacía permanecer soltero? La verdad es que su prima Juana era para él un símbolo, pero un símbolo incomprensible.

La vista de la colina y del sendero que conducían á la granja llamó entonces la atención de Bensington, quien recordó aquel otro día espléndido, no lejano, pero olvidado ya entre tantas emociones nuevas, en que el químico caminaba lentamente de Urshot á la granja para ver sus pollos gigantes... Es indudable que el destino juega con los hombres.

Era una de las tardes más calurosas de la canícula. No corría un soplo de viento, y había un

palmo de polvo en el camino. Se veía poca gente, y los ciervos del parque, que estaban fuera de las empalizadas, rumiaban tranquilamente.

Los expedicionarios vieron dos avispas inmensas en un matorral, fuera de Hicklebyrow; y otra que volaba de un lado para otro, en el frontis de la tienda del especiero, á la entrada del pueblo, buscando sitio por donde colarse. Al dueño de la tienda se le veía dentro, acechando los movimientos de la avispa y convenientemente preparado.

El conductor de uno de los carros soltó las riendas, y volviéndose á Redwood le dijo que habiendo concluido su misión en aquel lugar, no seguiría adelante. Esta actitud fué inmediatamente seguida por los otros dos conductores; y el primero no sólo no quiso pasar de allí, sino que se opuso á que los caballos lo hicieran.

—Los caballos serían una excelente comida para las ratas — decía el rebelde.

Cossar meditó un momento sobre el conflicto, y luego, dirigiéndose á los suyos, exclamó:

—A ver, uno de vosotros; que descargue ese carro.

Un maquinista, hombrón de elevada estatura, cumplió la orden.

Cossar añadió dirigiéndose al carrero:

—No necesitamos de ti... Guiaremos nosotros.

—Usted puede hacer lo que guste — replicó el mozo, — pero yo necesito los caballos.

La discusión fué breve y acalorada. Cossar la cortó en seco, diciendo resueltamente:

—Los caballos irán adelante... Y si tratas de apelar á la fuerza, te advierto que puedo descargar el fusil en defensa propia.

Hizo que dos de sus hombres se encargaran de dos carros; y los carreros, malhumorados, apelaron á Redwood, quien les dijo:

—No tengan ustedes cuidado: han cumplido ustedes con su deber ante los amos. Pueden ustedes esperar en este pueblo hasta nuestra vuelta. Nadie tendrá que reprocharles nada, sabiendo que nosotros vamos armados... No queremos nada injusto ni violento, pues la situación es muy crítica... Estén ustedes descuidados, que si alguna cosa desagradable le ocurriera á un caballo yo lo pagaré.

—Eso es muy razonable — agregó Cossar, que raras veces prometía nada.

Todos se apearon y se echaron las escopetas al hombro. La expedición era de lo más extravagante que puede verse por calles de un pueblo inglés, parecía un destacamento yanqui dirigiéndose al Oeste, en los antiguos días de los trastornos norteamericanos.

Empezaron á subir por el montecillo, y al llegar á la cumbre, descubrieron la granja experimental.

A pocos pasos de ellos vieron otro grupo de

hombres armados también con escopetas, grupo formado por los dos Fulcher, por un forastero, vecino de Maidstone, que estaba delante examinando el lugar con unos gemelos de teatro, y por otros varios.

Todos se volvieron á la llegada de la nueva partida.

—¿Ocurre alguna novedad?—preguntó Cossar.

—Las avispas, que van y vienen — respondió el viejo Fulcher; — pero no se distingue si llevan algo.

—La enredadera entra ya en el pinar — dijo el de los gemelos, — y esta mañana estaba aún bastante separada de él. ¡Es prodigioso! ¡Se la vé crecer mientras se la observa!

El forastero sacó un pañuelo y limpió muy despacio los lentes de los gemelos.

—Supongo que querrá usted bajar hasta allí—dijo Skelmersdale á Cossar.

—Sí... ¿Quiere usted acompañarme?

Skelmersdale pareció vacilar.

—Es cosa de toda la noche... — añadió Cossar.

—¡Ah! No, entonces no.

—¿Por qué? ¿Por las ratas?

—Esta mañana había una en el pinar, acechando, sin duda, conejos...

Cossar dudó de poder arrastrar consigo á toda la partida.

Bensington, al encontrarse ante la granja, se

sintió capaz hasta de calcular nuevamente la vigorosa fuerza de la heracleoforbía. Su primera impresión fué muy rara: la casa le pareció más pequeña de lo que él creía, ¡pero mucho más pequeña! luego observó que toda la vegetación entre la quinta y el pinar había crecido extraordinariamente.

El tejadillo del pozo asomaba apenas por entre un macizo de hierbas que no tendría menos de ocho pies de alto, y la enredadera se enroscaba al rededor de la chimenea avanzando hacia la altura sus fuertes y amenazadores zarcillos.

Sus flores eran vivamente amarillas, y á una milla de distancia, desde la colina, se distinguía algo así como manchas esparcidas por el oscuro verde de las hojas. Un hermoso tallo se había metido por entre los alambres del gran gallinero en que se verificaron los primeros misterios vitales de la heracleoforbía IV, y algunos zarcillos se habían abrazado al tronco de los pinos que estaban próximos.

Las ortigas eran también gigantescas, casi cubrían el techado del sitio donde Skinner solía aprear el carro.

Cuando los expedicionarios llegaron á la granja, el golpe de vista que ofrecían no dejaba de ser curioso: parecían una invasión de pigmeos asaltando una casa de muñecas olvidada en el rincón de un gran jardín.

Cossar y los suyos vieron el incansable ir y venir de los terribles insectos, desde la granja al avispero y desde el avispero á la granja. Una multitud de formas negras se entrecruzaban en el aire por encima del montecillo que se levantaba enfrente, á la salida del pinar, y á una de las avispas se la vió diferentes veces elevarse con rapidez increíble y caer con la misma rapidez sobre alguna cosa que no se distinguía desde el lugar en que se hallaban los observadores.

El zumbido de los insectos llegó á hacerse perceptible á más de media milla de la granja experimental. Una vez, uno de aquellos monstruos amarillos, se dirigió hacia los atrevidos cazadores de ratas, y se quedó zumbando, suspendido en el aire, y como observándolos; pero un disparo de Cossar, cuya bala no acertó á darle, le hizo retirarse. Hacia la derecha había otras cuantas avispas sobre unos huesos, probablemente restos del cordero que se habían llevado las ratas. Los caballos demostraron intranquilidad al aproximarse á los terribles animales; y como ninguno de los expedicionarios sabía guiar, hubo que poner un hombre al lado de cada caballo para poder adelantar algún camino.

Al acercarse á la casa, no vieron ni siquiera rastro de ratas. El edificio permanecía silencioso: todo estaba allí tranquilo, y sólo se oía, más ó me-

nos intenso, el murmullo que producía el zumbido de las avispas.

Metieron los caballos en el patio de la quinta; y uno de los criados de Cossar, que había visto abierta la puerta de la casa, entró resueltamente por ella.

Como todos se hallaban ocupados con los barriles de parafina, nadie notó la falta del atrevido y sólo se dieron cuenta de ella al oír dos disparos de fusil y el silbido de las balas.

Una de éstas atravesó la cubeta del azufre, astillándola en parte y esparciendo el polvo por el aire, Redwood, que tenía su escopeta preparada, disparó sobre una cosa de color gris que le pasó rozando. Al disparar vió un lomo ancho y peludo, un rabo largo y pelado, y las patas traseras de una enorme rata. Volvió á disparar, y notó que Bensington caía al suelo al doblar la rata el ángulo del edificio.

Tal fué el primer *encuentro*. Luego, prepararon todos sus fusiles; y durante tres horas ó más, arriesgaron valientemente su vida en la granja experimental, en la cual se sucedieron los disparos.

Redwood, sin hacer caso de Bensington, continuó la persecución, hasta que le hizo caer al suelo una verdadera lluvia de ladrillos, cemento y pedazos de madera podrida que hizo saltar una de sus balas al incrustarse en la pared. El sabio

se encontró sentado en el suelo, con la boca y las manos ensangrentadas y envuelto en el más imponente silencio.

Una voz gritó desde el interior de la casa:

—¡Quietos!...

—¿Qué hay? — preguntó Redwood.

—¡Por aquí! — volvió á gritar la voz.

Y luego añadió:

—¿La han cogido ustedes?

El sentimiento de la amistad se despertó momentáneamente en Redwood.

—¡Cómo! — exclamó. — ¿Está usted herido Bensington?

—A nadie debe culparse que no lo esté — respondió tristemente la misma voz.

Redwood comprendió que él había sido culpable; se olvidó de sus propias heridas y corrió á ayudar á su amigo, á quien encontró sentado en tierra y cargando tranquilamente su fusil.

Bensington exclamó:

—¡Buenas balas le hemos metido en el cuerpo, Redwood! El bicho saltó por encima de mí, atropellándome; pero ya le había yo descargado los dos cañones de mi escopeta.

El criado de Cossar, que se hallaba aún en el interior de la casa, apareció entonces diciendo:

—Yo le acerté dos veces, una en el pecho y otra en el costado.

—¿En dónde están los carros?—preguntó Cos-

sar, apareciendo por entre el espeso follaje que formaba la enredadera.

Pudo verse entonces, con gran admiración de Redwood, que no había ningún herido y que los carros se habían alejado más de cincuenta metros y estaban con las ruedas atascadas entre las matas enormes y las ramas de la enredadera que se extendían por toda la huerta de Skinner.

Los caballos habían dejado de piafar: á mitad de camino, en dirección á ellos, veíase la cubeta del azufre, rota y envuelta en el polvo amarillo que despedía. Redwood se la indicaba á Cossar, en tanto que éste preguntaba á gritos:

—¿Ha visto alguno de ustedes esa rata?

El criado contestó diciendo que él le había metido una bala en el costado y otra en la cabeza.

Mientras que casi todos se ocupaban en desatascar los carros, se acercaron dos hombres, uno de los cuales aseguró que él había dado muerte á la rata.

—¿La han cogido? — preguntó Cossar.

—Jim Bates dió con ella detrás de la empalizada, y yo la herí cuando dobló la esquina.

En cuanto se normalizó todo un poco y se tranquilizaron los ánimos, Redwood se fué á examinar el cuerpo del enorme roedor. El animal yacía de costado: sus largos dientes que sobresalían mucho de la mandíbula inferior, evidenciaban que el roedor estaba exánime: éste había perdido su

ferocidad y estaba íntegro: únicamente se veían en él dos agujeros redondos en cada lado del cuello causados por las balas.

Redwood reflexionó un rato contemplando la rata, y luego dijo:

—No hay duda de que han debido ser dos. Sí, no me cabe duda, y la que estos dicen, ha debido escapar... Tengo la seguridad de que mi bala fué la que dió con el animal en tierra.

Uno de los zarcillos de la enredadera, impelido por la fuerza misteriosa que impulsa á esta planta á buscar apoyo en todas partes, se inclinó suavemente sobre Redwood como queriendo ceñirse al cuello, lo que, notado por el sabio, le hizo retroceder instintivamente. Entretanto, el monotonó y terrible zumbido de las avispas seguía oyéndose y llenaba los espacios.

V

El incidente de la rata les hizo abrir el ojo y ponerse en guardia á todos los expedicionarios, sin que por ello hubieran sentido decaer su espíritu. Trasladaron todas las provisiones al interior de la casa, que demostraba evidentemente haber sido saqueada por los roedores después que la abandonaron los esposos Skinner, y dos hombres de los de la partida condujeron á Hickleybrow los caballos, para ponerlos á salvo de toda contingencia.

Arrastraron luego la rata muerta hasta el interior de la valla, y la dejaron en sitio que pudiera observarse desde el interior del edificio.

Pero al verificar esto, descubrieron una multitud de gigantescos cien-pies, que se dispersaron rápidamente, no sin que Cossar, destructor infatigable de la obra de Bensington, consiguiera matar algunos con sus botas y con la culata del fusil.

La enredadera pagó también su tributo á la destrucción: dos de los criados cortaron algunos de sus principales tallos, que eran cilindros enor-

mes, de dos pies de diámetro, y que obstruían gran parte de la granja.

En tanto que Cossar disponía la casa para que les sirviera de cuartel general, Bensington, Redwood y uno de sus ayudantes reconocieron cuidadosamente el gallinero y otras dependencias, buscando los agujeros de las ratas. Flanquearon con gran cautela las ortigas gigantes, que los amenazaban á cada paso con sus pinchos de una pulgada de longitud, y atravesaron después la empalizada, deshecha y roída, detrás de la cual se vieron sorprendidos por la enorme y negra boca de una madriguera, situada hacia el Oeste. Era una cavidad profunda y mal oliente, ante la que todos se colocaron formando un apretado cordón.

Redwood, mirando hacia el tejadillo del pozo, dijo:

—Confío en que saldrán...

—¿Y si no salen? — preguntó Bensington.

—Saldrán — contestó rotundamente Redwood. Ambos quedaron silenciosos, meditabundos.

Luego dijo Redwood sentenciosamente:

—Tendremos que procurarnos una luz si hemos de penetrar en esa boca de lobo.

Los dos sabios y el ayudante tomaron por un sendero cubierto de blanca y menuda arena, y atravesaron el pinar; pero detuvieron sus pasos al ver de cerca los avisperos.

El sol se hundía ya por detrás del lejano mon-

tecillo, y su luz, bañando las alas de los insectos, parecía rodear de nimbos movibles los cuerpos de aquellos terribles monstruos, que ya se retiraban á sus celdas.

Los tres observadores contemplaban, ocultos detrás de corpulentos árboles, la retirada de los enjambres; y vieron cómo las avispas bajaban al suelo, recorrían pausadamente un pedazo de tierra y desaparecían.

Redwood hizo una seña á sus compañeros.

—Ahora, por unas cuantas horas — dijo, — permanecerán silenciosas en sus celdas... Parece un sueño: ¡es como si hubiéramos vuelto de un salto á la niñez!...

Después continuó diciendo, siempre pensativo:

—No debemos abandonar esos agujeros aunque la noche sea muy oscura. Pero la luz... ¡necesitamos la luz!...

—Esta noche será luna llena — observó el ayudante.

Volvieron á la granja para consultar con Cosar. El jefe de la partida opinó que se debía llevar á los avisperos el azufre, el nitro y el yeso antes de que amaneciera.

Después de las disposiciones oportunas y de los gritos consiguientes para ordenar el transporte, no se volvió á hablar una palabra; y como el zumbido de las avispas iba ya debilitándose, el silencio no era interrumpido más que por las pisa-

das, por la fatigosa respiración de los hombres cargados y por el sordo ruido de los sacos al caer en tierra.

Todos trabajaban alternativamente en aquella tarea, menos Bensington, para quien resultaba demasiado pesada; éste se apostó, armado de un fusil, en el dormitorio de los Skinner, para vigilar desde allí la rata muerta.

Todos turnaban en llevar sacos de yeso y azufre y guardar las bocas de las madrigueras situadas detrás de los macizos de ortigas. Las antenas de las flores de aquella planta, próximas á verificar la misteriosa fecundación, abrían su envoltura descubriendo y lanzando el pólen; y la silenciosa quietud del lugar, era á menudo, interrumpida por el estallar de las antenas, que desparramaban ruidosamente los granos prolíficos, del tamaño de perdigones.

Bensington estaba sentado junto á la ventana en un duro sillón de crin, cubierto por una funda, el cual había dado cierto sello de distinción á la habitación de los Skinner durante muchos años.

El fusil descansaba contra el marco de la ventana, y los ojos de Bensington observaban ora el obscuro bulto de la rata muerta, ora los alrededores de la granja, sumiendo al sabio, según lo que veían, en curiosas y variadas meditaciones.

Fuera de la casa se percibía un fuerte olor á parafina, que provenía de un barril abierto, olor

que se mezclaba con otro menos desagradable, proviniendo de los tallos machacados de la enredadera.

De vez en cuando, volvía Bensington la cabeza hacia el interior del dormitorio, y entonces, los distintos y penetrantes olores de la cerveza, el queso, las manzanas podridas y el calzado viejo de los antiguos colonos, traían á la memoria del sabio el recuerdo de los desaparecidos Skinner.

Una vez se quedó mirando por algún tiempo el dormitorio, cuyos muebles estaban en completo desorden, tal vez á causa de alguna rata rebuscadora, pero una chaqueta colgada de una percha, una navaja de afeitar, algunos pedazos de papel y una pastilla de jabón, más dura que la piedra por falta de uso, atestiguaban la personalidad característica de Skinner.

En el pensamiento de Bensington se fijó de nuevo la idea de que el guarda había sido muerto y devorado por aquel monstruo que se esfumaba allá abajo en la obscuridad del crepúsculo que ya desaparecía. ¡Y pensar que un sencillo descubrimiento físico era la causa de tal trastorno! Cierto es que él se encontraba allí en su amada Inglaterra, pero ¡qué demonio! también se encontraba en grave riesgo, con un fusil en la mano y en una casa semiarruinada, desagradable y sin comodidad alguna, y entonces se dió la cuenta de cómo se había trastornado el orden del universo para

él. Había hecho las pruebas de su descubrimiento *sin decir de ello una palabra á su prima Juana*. ¿Qué pensaría ella de él?

Bensington trató de adivinar el estado de ánimo de su prima, y desistió de ello. Presentía, sin embargo, que estaba separado de ella para siempre; que no volverían á verse más. Comprendió que había dado un paso extraordinario, anómalo, y entrado en un mundo inmenso y totalmente nuevo. ¿Qué otros monstruos esconderían aquellas sombras tan densas y tan profundas?

Los aguzados y negros pinchos de las ortigas se elevaban y dibujaban en el cielo: todo permanecía en silencio y Bensington se extrañaba de no oír las voces ni los pasos de sus compañeros al doblar la esquina de la casa. La sombra del tejadillo, bajo el cual estaban los carros, se ennegrecía con negruras de abismo.

Tres detonaciones hicieron vibrar de pronto el aire: luego se oyó un grito. Bensington sacó el cuerpo fuera de la ventana. Sonó un cuarto disparo: por fin, tras un corto silencio, vió surgir de la obscuridad dos hombres y oyó gritar á Redwood:

—¡Ya tenemos otra rata, Bensington: ya está en el saco!